

Gonzalo Elizondo

## Palabras para Ana Lucía López, filósofa

---

Para hacer una semblanza sobre nuestra amiga y filósofa Ana Lucía López, o Lucy como todos sus amigos y amigas la llamábamos, lo primero que me viene a la cabeza es pensar en “las cosas importantes de la vida”.

Paradójicamente, toda persona que haya tenido una experiencia cercana con la muerte tiene evidencia del torrente de fuerza que es la vida. El cadáver que yace nos habla y denuncia, a pesar de su inmovilidad, la ausencia de una luz que estaba antes y que por algún orificio invisible se esfumó.

Las personas que seguimos vivas quedamos enfrentadas a los hechos desnudos de nuestra contingencia, que controlamos echando mano de un abanico de “soluciones”, entre las que escogeremos alguna con la que nos atreveremos a salir al frente para iluminar la oscuridad de nuestro horizonte incierto. Soñar con la visión de la ansiada luz de un sol que queremos que se levante y rompa.

Entre ellas se encuentra —a mi juicio— la actividad del filosofar. No veo esto tanto como “escribir libros de Filosofía”, sino más bien como la necesidad de decir algo frente a las preguntas con que nos emplaza el hecho puro y simple de vivir.

Desde mi perspectiva, prefiero la Filosofía cuando esta es valiente, digna y solidaria. Y sostengo que es valiente cuando aborda las preguntas centrales, como qué hay detrás de las apariencias, qué en algún más allá posible, sobre qué seguridades podemos afirmarnos y que les debemos a quienes nos acompañan; y está dispuesta a tomar las consecuencias de las contestaciones, incluso la que anunciaría que no existe nada detrás, encima ni debajo de nosotros y que nadie nos acompaña.

La dignidad filosófica está unida al sentido con que se utilizan las palabras, pues nuestra disciplina construye con ellas sus instituciones. y la voz filosófica no debe vender plástico, ni agua envasada ni ninguna otra de las frivolidades con las que nuestro sistema social estafa, engaña y explota a las personas.

Percibo que el pensamiento filosófico es solidario, en cierta forma porque la persona que filosofa, por muy sola que se encuentre, está en disposición de diálogo, y tiene, en general, un proyecto de nosotros.

Este último señalamiento, el carácter dialógico de la Filosofía, es fácil demostrarlo con solo repasar algunas de sus elementos definitorios, como su origen en el ágora, su tendencia a la generación de discipulado, y su sentido político. Aun cuando traicionando su esencia, la Filosofía pueda tomar de pronto un estilo arrogante, en general el discurso filosófico está dirigido a convencer, y esta disposición originaria compensa los excesos de algunas de sus exposiciones.

Como el juego o como la poesía, la Filosofía no se presenta como una actividad necesaria para asegurar el plato de lentejas que cada día tenemos que comer para seguir respirando, por el contrario, lo arriesga. Pero no hay duda, pensando con rigor, que el plato de lentejas, un bien menor, debe subordinarse frente a cualquier bien mayor.

Un diálogo verdadero solo puede darse entre iguales, y por ello no puede haber Filosofía cuando entre los interlocutores impera un modelo de vinculación propio del esquema entre amos y siervos.

Aquí me detengo en la primera característica de Lucy que quisiera subrayar. Su ética republicana y su rechazo visceral de toda forma

de servidumbre. A lo largo de nuestros años de relación personal y profesional nunca la observé bajando la cabeza ante ningún dios. Siempre asumía la responsabilidad de construir sus propias opiniones, aunque estas fueran ajenas a las tendencias de lo políticamente correcto. Es más, con ella se podía hablar de cualquier cosa, en la seguridad de compartir un pensamiento con una interlocutora sin censuras.

Decir sin censuras no significa decir sin opiniones. Por el contrario, nuestra filósofa muy rara vez se abstenía de opinar. Al igual que sus antiguos profesores prefería el marco de los autores clásicos de la historia de la Filosofía sin excepción hasta los últimos tiempos de su vida en los que tuvo un acercamiento importante al pensamiento de Alexander Skutch, que empezó en el curso de la filósofa Amalia Bernardini sobre nuevos enfoques de la Ética en los albores del Siglo XXI, y que culminó en el grupo de estudio que trabaja en este centro académico, donde la acompañaron los profesores Coronado, Camacho, Ramírez, Alfaro y otros.

Unos días antes de su muerte Lucy hizo una presentación en ese grupo, estaba muy emocionada, me contó que lo sentía como un paso para escribir algo. Estaba muy emocionada. He aquí una segunda característica que quiero citar: vitalidad, recuerdo un día que teníamos una reunión de amigos y amigas en Santa María de Dota. Lucy se encontraba en la playa cuando la llamé para invitarla. Me dijo, "no hay problema, yo llego". Y llegó haciendo una larga manejada desde la costa hasta las montañas de los Santos. Al día siguiente tenía otra actividad.

Tomar la vida con entusiasmo lo asocio con las personas valientes. Lucy lo era. Valiente al asumir la actividad filosófica e ingresar a un mundo dominado por los hombres, por la religión y por los privilegios del magíster dixit. Desde su condición de mujer fue varias veces víctima de odiosas discriminaciones. Estoy seguro que, sobre su paciente sacrificio, se ha abierto el camino para que muchas nuevas filósofas costarricenses puedan acceder a este círculo de diálogo pagando un precio menor.

Se ha dicho que cuando una mujer habla su discurso suele ser colocado a la saga de los discursos masculinos. Esto tiene casi un valor

axiomático, y pienso que Lucy es el vivo ejemplo de la lucha que tienen que dar las mujeres para ser escuchadas. Esta lucha tiene que seguir adelante sin romanticismos ni concesiones, sin excesos ni venganzas, sino con entusiasmo y valor, como lo hizo Lucy en Filosofía.

Posiblemente, si Lucy me escuchara, se estaría riendo de mí. Pensaría que soy algo ingenuo. Estoy seguro que me haría padecer alguna ironía, algo como preguntarme a cuál amiga feminista querés agradar, o anduviste mucho con Ana María esta semana?

Yo tendría que responderle que en realidad estoy pensando en ella, y que es a ella a quien deseo agradar, pues ella, sin autodeclararse una defensora de la igualdad, muestra un testimonio que la presenta como tal. Igualdad... ¡qué concepto complejo! Y cuánta confusión a su alrededor.

También diría a Lucy que aprecio su ironía y su sentido del humor, algo que la hacía una conversadora de calidad, con la que era muy difícil aburrirse no solo con sus comentarios, sino también porque sabía escuchar.

Quienes hemos desarrollado alguna vez una experiencia docente podemos afirmar que la ironía tiene una finalidad pedagógica, porque frente a una tesis cualquiera que se presenta, se responde con ingenio y se cuestiona en cierta forma la afirmación sustentada por el interlocutor. En sus comentarios irónicos y su buen sentido del humor, Lucy no hizo otra cosa más que reflejar su vocación por la enseñanza, tarea que llevó a cabo hasta el final.

Se brindó fundamentalmente en la Escuela de Estudios Generales, donde trabajó tanto la parte de Filosofía como la de Realidad Nacional. Me pareció del todo adecuado que su ataúd fuera cobijado con la bandera de esta Universidad de Costa Rica, y que estemos también aquí en su homenaje.

Como educadora no la imagino haciendo grandes conferencias o exposiciones. No era su estilo, se desenvolvía mucho mejor en pequeño círculo de diálogo. Y aun mejor para identificar la personalidad de sus estudiantes, de quienes podía ilustrar cuáles eran sus aspiraciones, cuáles sus dolores, cuál su miedo. Su mejor desempeño lo realizaba en la entrevista directa e individual.

O incluso como mera observadora, pues se daba cuenta -por ejemplo- si algún estudiante estaba con un problema determinado, y con discreción e inteligencia le ofrecía una mano. No sé en cuántos casos, yo simplemente la vi hacerlo.

Por otra parte, fue por decisión una auténtica vecina de la ciudad universitaria, pues casa de habitación, lugares de recreo o de reunión y obviamente centro de trabajo estaban todos concentrados en estos pocos kilómetros cuadrados.

Con una principal y gloriosa excepción: el Mar de Playas del Coco, lugar con el que tuvo una relación histórica profunda, que se remonta a la historia de sus padres, quienes eran profesores de Matemática por cierto, con un gran sentido emprendedor, pues desarrollaron una inversión con otros profesores y profesoras del Liceo Anastasio Alfaro en esa costa, cuando todavía era un lugar casi despoblado.

Fue feliz en Playas del Coco, y lo cito porque para tener una idea precisa de ella, hay que soltarse de la imagen estereotipada de la muchacha que se desplaza por las callejuelas universitarias, como la calle 3 de Montes de Oca, mejor conocida como Calle de la Amargura. Tiene que completarse con la dulzura de la bahía del Coco, que no es imponente sino acogedora y azul.

Yo considero a Ana Lucía una filósofa existencialista, porque su mayor interés estuvo siempre concentrado en la reflexión sobre el ejercicio de la libertad personal. Sin embargo, no se seguía de lo anterior una posición individualista en lo social, donde su orientación se acercaban a las propuestas socialistas. Pero un socialismo sin leninismo, es decir sin partido y sin profetas.

No creía en grandes sistemas, cuando en su camino filosófico y su búsqueda personal intentó una experiencia en la Escuela de Filosofía de la Universidad de Sao Paulo, Brasil, al poco tiempo salió espantada por la dictadura y por el tomismo.

En cambio, la veo más claramente en la doctrina de los derechos humanos, pero sin monumentos. Pienso que Ana Lucía se sentiría identificada con esta conocida reflexión de Eleonora Roosevelt:

“¿Dónde se inician, después de todo, los derechos humanos? “Estos derechos comienzan en lugares pequeños, cerca de casa, tan cerca y tan pequeños que no pueden ser vistos en ningún

mapa del mundo, y aun así son el mundo de la persona individual... Tales son los lugares donde cada hombre, mujer, niño y niña buscan justicia, oportunidad y dignidad iguales para todos, sin discriminación. A menos que estos derechos tengan significado ahí, no tendrán significado en ningún otro lugar. Sin una acción consciente del ciudadano de mantenerlos en la zona a su alrededor, buscaríamos en vano que se apliquen en todo el mundo”.

De esta forma, Lucy representa un testimonio de la educadora de todos los días, una especie de consagración a las lecciones, trabajando sobre esa arcilla a veces moldeable y a veces imposible de las y los estudiantes. Es una trabajadora de los pequeños espacios que Eleonora Roosevelt consideraba el lugar de los derechos humanos.

Tendría muchas cosas más que decir de Ana Lucía. Pero quiero ir terminando con un enfoque desde otro lado. No todo en Lucy era hojuelas sobre miel. Sufrió y luchó a ratos en una gran soledad, y también tenía épocas en que se ponía más exigente de la cuenta con sus amigos y con sus amigas. Pero sobre estos momentos en que estaba negativa, siempre las personas cercanas a ella sabíamos que no durarían demasiado tiempo y digo más, se conformaba con poco para contentarse.

Para mi gusto se ha ido demasiado pronto. Pero quién es uno para ordenar los tiempos de la Naturaleza. Nos hará falta, y no veo con claridad a ninguna persona ocupando su lugar. Si vale exponer un deseo, el mío es que Lucy exista en algún sitio, haciendo las cosas que la vi hacer, como mostrar a los jóvenes la hondura del pensamiento crítico, caminar en una marcha en defensa de la justicia, abrir un campo en la mesa para invitar a quien se encuentre excluido, mitigar el dolor de una jovencita o -mejor aún- tomando iniciativa para protegerla, cuidando a alguna amiga enferma, o tomando una cerveza en algún Omar Kayan de la Vía Láctea mientras pronuncia una frase ingeniosa que nos transmita el sentido más profundo de la palabras, que es en cierta forma como yo entiendo el placer de la Filosofía.

*San José, 14 de diciembre del año 2011*

*Gonzalo Elizondo*